

## ANTE EL CADAVER DE UN SABIO

(Tomado de *La Organización* de Medellín, número 237, julio 28 de 1908).

En representación de nuestra Academia Nacional de Medicina, que me ha hecho el alto honor de designarme para llevar la palabra en esta ocasión solemne, y haciendo públicas mis propias impresiones, vengo a despedir en su viaje a la Eternidad al amigo y al maestro, que encuentra la paz de los muertos en este recinto, después de una vida de estudio y de labores generosas consagradas al bien de sus conciudadanos, al engrandecimiento de la Patria y al alivio de sus semejantes.

Siempre es un espectáculo conmovedor el de la desaparición de los seres. Parece que la muerte abre el más pavoroso punto de interrogación a la Filosofía, y ésta que no ha podido resolver de manera satisfactoria y universal el enigma de los destinos últimos del hombre, interroga en presencia de un cadáver a las soledades del sepulcro, donde la voz se apaga sin que repercutan siquiera lejanos y cansados ecos. Momentos de despedidas eternas, son de recogimiento y de silencio para el pensador. Aquí nos hallamos todos de luto, cabizbajos y pensativos, repitiendo dentro de nuestro propio yo las palabras del griego agonizante: "Adelante espíritu! Ya vas a resolver el gran problema!" Y el del doctor Juan de Dios Carrasquilla, debió desprenderse de los lazos que lo retenían a la materia, libre de temores a las liquidaciones finales: porque fue bueno; porque fue consecuente con sus convicciones íntimas; porque abrió su entendimiento a la Razon y a la Ciencia sin prejuicios de ninguna especie, y aceptó sus conclusiones como la expresión genuina de la Verdad, vista a la más pura luz; porque fue moral, con una moralidad irreprochable, sin casuismos; porque su ejemplo de virtud austera, resplandece en estos tiempos en que la Virtud es tan rara, como una fulguración de magnesio en nuestra larga noche sin estrellas!

No ha venido a reposar en el seno amoroso de la tierra al són de tambores y de címbalos. Esos se quedan para los trabajadores de la muerte, para los victoriosos en las luchas del mal. Su gloria es más excelsa; es la que proporciona el Deber cumplido; la misión radosa de setenta y cinco años de practicar el-bien y de amar al prójimo; es la que da la contemplación tranquila de la verdad científica

en la serena región en que se ciernen las almas nobles y evolucionadas. Su triunfo, menos ruidoso fue, pero sí más benéfico: es el que obtendrá el Derecho sobre la Fuerza Bruta; la Justicia sobre la Iniquidad; el Pensamiento sobre la Masa.

Ha pasado él por nuestra Historia contemporánea, como un raro ejemplo de desinterés y desprendimiento, tanto más amable cuanto más escasos son ahora, cuando las codicias individuales y colectivas se sobreponen al bien-común.

Yo que tuve la fortuna de conocerlo muy de cerca, que fui su amigo de muchos años; que recibí de él las primeras iniciaciones de los trabajos de laboratorio, hago público aquí mi homenaje de gratitud y de cariño al caballero nobilísimo y altruista, al sabio modesto y al incansable trabajador. Para mí tuvo todas las cualidades que distinguen a las almas superiores: fue honrado, y la honradez es la esencia misma del hombre moral; nunca buscó aprobaciones ni recompensas; no conoció el odio ni la venganza y fue siempre tolerante con las creencias sinceras de los otros.

Despiertan en mi memoria como aves alborotadas, los recuerdos de aquellas horas de lucha sin tregua, cuando recibía él en su misma casa a los leprosos venidos de todos los ámbitos del país, y con ternura y bondad sin límites, curaba con su propia mano las heridas infectas, hacía investigaciones microscópicas, y a todos los tristes reparaba una buena dosis de esperanza. Cuando cerca al microscopio que es hoy su pedestal y en vida fue su campo de batalla, dialogaba con los discípulos sobre arduas cuestiones de Bacteriología y tenía para todos palabras de aliento, voces de entusiasmo. Después... cuando la sombra empezó a hacerse en su cerebro, el sentimiento que le causaba no poder estudiar. Esos recuerdos son para mi alma, una realidad rehabilitadora que me reconcilia y hace olvidar las repetidas y frecuentes claudicaciones de esta mísera naturaleza humana; y las memorias del amigo muerto me llenan de placidez inefable, que apenas podrá compararse al sello de serena tristeza que la muerte imprimió sobre su rostro.

Algún día, cuando la Justicia abra las alas sobre la tierra, los bronces fundidos serán reservados para hombres de la talla del doctor Juan de Dios Carrasquilla. Contentémonos por hoy con su relieve moral que despidе las claridades de la luz del magnesio, en una noche sin estrellas.

LUIS ZEA URIBE

Bogotá, julio 15 de 1908.

Volumen I—Nº 10—Marzo, 1933.